



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

A las puertas de la Navidad

Mis queridos diocesanos:

Estamos ya a las puertas de la Navidad. Una Navidad que se me ocurre distinta a la de otros años.

Celebramos el nacimiento, la encarnación, el “hacerse hombre” del Hijo de Dios en nuestro mundo; la presencia del Hijo de Dios -que se hace uno de nosotros- entre nosotros para salvarnos, para ofertarnos la nueva vida que brota del amor de Dios.

Un acontecimiento realmente importante para cuantos creemos en Él, en su venida y en su salvación, que reclama de nosotros una forma de celebrar la Navidad en cristiano, con todo el significado autentico que ella encierra y que nos pone de manifiesto tres contrastes claros.

La Navidad nos invita a celebrar el contraste de la presencia de Dios entre nosotros en un momento histórico en el que un mundo y una sociedad como la actual se empeñan en no admitirle, en echarle fuera de la vida de los hombres, fuera del cerco de la existencia humana. Sí. Hay muchos que vociferan que, “Dios estorba para poder ser feliz”, que “el hombre -si cree en Dios- no puede ser feliz”.

La auténtica verdad es que el hombre es plenamente libre y feliz si admite en su vida a Dios como Verdad suprema que nos hace libres; está plenamente realizado si Dios llena su vida; encuentra verdadero sentido a la vida si admite y cree que Dios - que nos creó felices- nos ama tanto que aunque nosotros hayamos perdido al felicidad por el pecado, Él nos la devuelve ofertándonos en Cristo su amor y su misericordia, y restablece la armonía y la relación del hombre con Él y con la creación, con la que al principio de ésta había sido creado al hombre.

Por eso los que creemos en Él hemos de hacerle presente a través de nuestro testimonio de vida, siendo valientes y manifestando nuestra fe, aun en medio de aquellos que se oponen a nosotros o se defienden de su falta de fe tratando de ridiculizar a los que creemos. Hemos de aceptarle en nuestra vida personal, dejarle nacer en nuestras familias, hacerle un hueco importante, un sitio privilegiado en ellas para así ser testigos de su presencia en esta sociedad que se niega a admitirle.

La Navidad es la celebración del nacimiento del Hijo de Dios en una familia que se alegra de su nacimiento, le acoge, le cuida, le crea el clima propicio para que pueda desarrollarse y crecer en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres.

Un hecho y una realidad que contrasta y denuncia la barbarie de una sociedad deshumanizada que celebra la Navidad admitiendo la masacre de millones de niños; declarando el aborto como un derecho de la mujer sin más; admitiendo por ley la muerte inocente de millones de niños en el seno de sus madres como un derecho que tiene la mujer, sin conceder a todos esos millones de niños su derecho principal que es el derecho a la vida.

Y a todo esto, queridos diocesanos, se le llama modernidad. Se dice que estamos haciendo una sociedad moderna cuando deberíamos decir que estamos creando una sociedad que “ha perdido la cabeza”; una sociedad sin futuro que -en vez de moderna- se retrotrae muchos siglos y actualiza aquella sociedad en la que la esclavitud era algo normal porque así lo recogían las leyes, o la otra en la que la dictadura nazi eliminaba a cuantos no fueran de la raza aria porque así lo promovieron los votos de unas mentes enfermas.

En Navidad celebramos la alegría del nacimiento del Salvador y cantamos con los ángeles: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

Otro contraste en esta navidad de 2009 es fruto de la tristeza para tantas personas y familias en paro que no tienen lo suficiente para celebrarla; para tantos inmigrantes que salieron de su patria en busca de unas más dignas condiciones de vida para ellos y sus familias -soñando en el paraíso que se iban a encontrar- y ahora son expulsados del país en el que estaban asentados y empleados porque ya no son útiles pues el trabajo no llega ya para ellos.

Todos estos contrastes son un reto para nosotros los creyentes. No podemos quedarnos con los brazos cruzados ni con los ojos cerrados sin percibir la realidad. Hemos de luchar para que el nacimiento de Cristo sea realmente presencia salvadora y liberadora en medio de nuestro mundo.

Hemos de luchar con nuestra vida, con nuestro testimonio de fe, para que Dios se haga presente realmente en nuestro mundo, en nuestros ambientes, en nuestras familias y en cada persona; que Dios nazca en el corazón de cada hombre porque nosotros somos capaces de comunicarles el gozo de nuestra fe, la verdadera alegría del seguimiento de Cristo.

Hemos de seguir prestando “la voz a los sin voz”, reclamando el derecho de los niños a nacer, denunciando la injusticia de las leyes que quieren legalizar el asesinato de seres indefensos, reconociéndolo como un derecho de la mujer, negando el máximo y el primer derecho de toda persona (el derecho a la vida) en vez de dar protección a las madres y a los que van a nacer.

Despertemos nuestra solidaridad con los más necesitados: con tantas familias que no tienen para subsistir porque el paro ha destruido todas sus ilusiones y proyectos; con tantos y tantos inmigrantes que buscaban una mejor calidad de vida y han conseguido la pobreza, el desarraigo y el desprecio de la sociedad del bienestar.

Celebremos la Navidad así porque así Dios nacerá de verdad en nuestro mundo como Salvador de todos y para todos.

Con mi afecto y bendición.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria